

22.
15- mayo-99

N.º 22



SOCIOLOGÍA

Sección española

LA SOCIEDAD FUTURA (1)

La familia, en la sociedad del porvenir, no será lo que es la familia de hoy, ni el amor se reemplazará por el cálculo ó por el vicio y el libertinaje, como pasa en nuestros días. Renegamos de una sociedad que hace de los hijos una carga para los padres; renegamos de una sociedad que hace un comercio del amor. Y somos precisamente nosotros los que tales censuras dirigimos. Nosotros, enemigos de la familia, al decir de los que de explotarla viven; nosotros, enemigos del amor, al decir de los que el amor venden.

En la sociedad futura, como nadie, para unirse á otro sér, habrá de tener en cuenta, cómo ha de tenerlo hoy, los intereses que posee, las uniones serán espontáneas, nobles productos de dos caracteres que se comprendan y se completen. Y cuando el amor sea el único móvil de la unión, los hijos serán un fruto sano, hermoso, como consecuencia de la fusión de dos cuerpos que sólo habrán consultado á la naturaleza.

Entonces la escultura humana habrá ganado mucho en belleza y en salud. Hoy el hombre ama á todo el mundo más que á la madre de sus hijos y la mujer ama á todos los hombres más que al hombre propio. ¿Cómo no han de producirse deformidades? ¿Cómo el fruto de esta unión ha de ser bello y ha de estar sano? Sí, el amor podrá ser libre cuando presida á la unión de dos seres, porque entonces no habrán de temer, como han de temerlo ahora, el hastío, el cansancio y el aburrimiento, las únicas razones que abonan la indisolubilidad del matrimonio. ¡Claro! Como actualmente el casamiento es un contrato comercial, hay que legalizarlo y ligarlo bien al objeto de que los padres reconozcan á sus hijos y las mujeres á sus esposos, sin contar para nada con natura. ¿Para qué los lazos de la ley si existieran los del amor, y para qué lazos cuando el amor no existe?

Si cuando la estimación concluye, concluye el imperio de la ley, la ley es inútil en este caso, porque se burla. El amor será libre en la sociedad futura, pero tendrá la esclavitud del amor mismo. Los seres estarán unidos por reciprocidad de sentimientos, de aspiraciones, de cariño, lazo muchísimo más fuerte, más noble y más moral que el lazo de la ley.

(1). Fragmento de la conferencia dada en Madrid por la autora, y que la biblioteca de LA REVISTA BLANCA ha publicado recientemente en folleto.

El amor libre no es práctico en la sociedad actual, por la sencilla razón de que la mujer depende del hombre, no sólo en virtud de una ley injusta como elaborada por un sér fuerte en perjuicio de un sér débil, sino porque la sociedad le ha negado hasta las condiciones necesarias para ganarse la vida, y todo sér que económicamente dependa de otro, nunca podrá manifestar con libertad sus pensamientos y sus deseos. Ahora la mujer ha de aceptar al hombre que se digne mantenerla, no al que su corazón elija; y cuando aquél se canse de ella, con matrimonio ó sin él, se le cierran todas las puertas de la vida, no quedándole otro recurso que la venta de su cuerpo; y si el marido, por consideración á los hijos, *porque nadie los cuidará tan bien como la madre*, nunca por consideración á la mujer, no la echa de casa, ha de aceptar y sufrir todas las impertinencias y las brutalidades que enjendra la vida forzosa con un sér á quien no amamos.

En la sociedad futura, cuando el amor sea resultado de dos voluntades libremente manifestadas, los hijos no serán un obstáculo á la desunión, si se hiciera necesaria, á pesar del origen natural que tendrá el enlace, porque ni el padre ni la madre se verán en la necesidad de pensar en el porvenir de sus hijos, que estará de antemano asegurado. Y si hoy, después de los obstáculos que á la vida ofrece la sociedad, muchas veces los cónyuges, cada uno de por sí, quieren quedarse con los hijos, ¿habrían de abandonarlos cuando, lejos de ser una dificultad, serían una satisfacción? ¿Ni qué intereses que no fueran los del amor harían que la madre ó el padre quisieran los hijos á su lado, sabiendo que en el colegio, en la granja, en todas partes estarían bien asistidos?

Seguramente alguno piensa ¿qué habremos hecho entonces de la llamada pasión de los celos? Los celos nacen de creernos dueños de otra persona, y nos lo creemos como creemos que nos pertenece la hacienda que heredamos ó la propiedad que adquirimos y que la ley sanciona. Así como consideramos merecedor de nuestros enojos y del castigo de las leyes al que vive de nuestra viña y coge de ella la fruta, y así como sufriría las consecuencias de nuestra ira el que penetrara en nuestra casa, diciendo que tiene igual derecho que nosotros para habitarla; así también cree el hombre que es suya la mujer que le concedió la ley, y que merece un ejemplar castigo el que trate de quitársela. Y hablo del hombre, porque las mujeres no tenemos el lujo de poder tener celos. Acostumbrados á considerar la tierra propiedad de todos, no habríamos de reñir con el que intentara penetrar en ella, y acostumbrados á ver en la mujer un sér libre, dueño de sus facultades, tampoco se exasperaría el hombre, si en uso de su derecho amara ella á otro. Pero la ley de ahora dice al hombre: «Esta mujer es tuya, nadie más que tú tiene derecho á ella.» Y dominados por esta aberración, que en forma de ley les obsesiona, quieren matar al que se la quite.

Lo mismo les sucedió á los antiguos amos de esclavos. Un hombre para ellos era una cosa suya; si alguien intentaba quitarles un esclavo, ó si el esclavo huía, le perseguían como un criminal, porque la ley de aquel tiempo había hecho creer á los propietarios de esclavos que nadie podía quitárselos sin cometer grave falta. Abolida la ley de esclavos, nadie persigue criminalmente al obrero que cambia de patrono, ni la ley intenta hacerle trabajar por fuerza en parte alguna. Igual, enteramente igual sucederá con los celos cuando veamos en el hombre y en la mujer un sér que se pertenece á sí propio y que no pertenece á nadie, que puede hacer el uso que crea por conveniente de sus acciones y de toda su persona. Naturalísimo que, mirado el asun-

to con los ojos del propietario, parezca una montaña que la mujer pueda amar libremente y dejar de amar libremente, también.

Los pueblos prosperan materialmente, sosteniendo una lucha constante contra el Estado; los individuos mejoran sus ideas y sus sentimientos combatiendo sin cesar las dificultades que el Estado les opone. El inventor, para explotar sus inventos, necesitará el permiso del Estado; el industrial, al Estado pagará tributo; el pensador, por enemigo al Estado encontrará. Y en pago de esta rémora á la iniciativa individual ¿qué servicios presta el Estado? Administra los bienes de la nación. ¿Los administra bien? No. Dirige al pueblo. ¿Lo dirige bien? No. ¿Dónde están los canales que el Estado ha construido? ¿Qué se ha hecho de las vías férreas? ¿Qué invento le debemos? Pues si nada ha hecho ni nada le debemos, ¿para qué alimentarlo? Y no es sólo en España donde el Estado nada hace; es en todas partes. El Estado sólo se manifiesta por los tributos que hace pagar á los que trabajan y por las prebendas que otorga á los que huelgan. Alaben éstos y sostengan el Estado, no nosotros que somos sus víctimas.

¿Creéis, acaso, que sin Estado no habría orden? Al contrario; las agitaciones son un producto de la intervención que el Estado tiene en la marcha de los pueblos. El año pasado hubo en España varios motines. De ellos fué causa la falta de pan. Luego si hubiera habido pan, los motines no se habrían promovido.

¿Es que no había trigo en cantidad suficiente para acallar los estómagos y aplacar los ánimos? Había, sí, había, puesto que los acaparadores lo mandaban á otras partes, que, con la subida de los cambios, hacían un negocio redondo.

Establézcase la igualdad económica y ya nadie tendrá necesidad de enriquecerse con el hambre del pueblo ni con nada, pues ni la moneda tendrá valor, ni la riqueza individual será el medio de gozar comodidades.

¿Se teme quizá que el pueblo no tenga suficiente cordura para tomar del común únicamente lo que necesite? ¿Se cree que será preciso, sino el Estado, alguien que dirija y administre? Ejemplo claro y práctico, muy claro y muy práctico, de que no se dará tal caso puedo presentar á mis oyentes. El agua es, después del aire, el elemento más indispensable á la vida. ¿Quién toma más agua de la que necesita sabiendo que mañana y siempre ha de manar la fuente? ¿Y quién tomaría más trigo de lo que necesitara sabiendo que otro día encontraría trigo también? De los zapatos, de los vestidos, de los medios de producción, de todo podríamos decir lo mismo, porque, como hemos demostrado, de todo puede haber y de todo habrá en igual cantidad que el agua hoy en la sociedad futura.

Los pueblos son tanto más felices y libres cuanto más reducen la acción del Estado, y cuanto menos intervención se le da en el desarrollo del individuo. Ejemplo, Inglaterra.

SOLEDAD GUSTAVO.

TEORÍA DE WUNDT SOBRE LA PERSONALIDAD DEL ORGANISMO SOCIAL

Organismo—dice Wundt—es «toda unidad compleja, compuesta de partes, que son á su vez unidades más simples, con análogas propiedades, al par que sirven de órganos al todo»; añadiendo que sólo se da en los seres «vivos», aunque se aplique por «analogía» á obras de ciencia ó arte, máquinas, etc., que cumplen ciertas funciones, por donde se asemejan en algo á los organismos verdaderos. Mas por grande que supongamos el influjo de la antigua concepción tradicional, que sólo tenía en cuenta los organismos complejos, concepción que han rectificado la teoría celular, la embriología, el principio de la diferenciación progresiva de los órganos (creados, digámoslo así, por las funciones, y no al contrario...) apenas todavía se explica cómo Wundt prescinde de atenerse á la división del trabajo, pura y simplemente, como único carácter de todo organismo, y por tanto, del organismo sin órganos especiales y diferenciados: idea traída de consuno por la experiencia y la especulación, y que en la ciencia social ha engendrado consecuencias de gran fecundidad y alcance. Sirva de ejemplo la doctrina sobre la ley y la costumbre, que ya presintió Savigny, con intuición profunda.

Volviendo á la exposición del autor, nacen los organismos de motivos finales, teleológicamente (y he aquí un rastro de Schelling), y existen sólo para producir efectos de esta misma índole. En ellos, las partes se hallan subordinadas al todo, el cual es independiente; por más que esta independencia sea relativa, á causa de las conexiones universales que sostiene cada organismo con los otros. En efecto, su unidad *a)* no es determinada insuperablemente por otra superior *b)* ni puede tener sus fines en conformidad ó en oposición con las de otras unidades. Así, el organismo físico depende del medio, pero cambiando siempre esta relación de dependencia. La sustantividad de cada organismo es mayor en los grados superiores de la vida, donde su unidad se expresa en una voluntad; y más, cuando esta voluntad se desenvuelve hasta elevarse á facultad de elegir. La planta forma un grado intermedio entre el agregado y el organismo, una unidad incompleta, cuyas reacciones están más bien distribuídas en sus varias partes; el animal ya es superior, y sobre todo el hombre, organismo sustantivo y á la vez persona conscia de sí.

Este organismo individual humano es juntamente parte de otras unidades superiores. Se caracterizan éstas por fundarse en las funciones espirituales de los miembros en ellas asociados; pero su asociación no constituye un sér, no descansa en una base psico-física, en una substancia, supuesta bajo los procesos dinámicos de la conciencia individual de dichos miembros; sino que es meramente el producto de las funciones psíquicas de éstos. En las agrupaciones animales, aparecen ya rudimentos de todo el sistema; pero rudimentos tan sólo, no verdaderas sociedades.

Aplicando estos principios al organismo social, se ve que reúne todas sus notas esenciales, á saber: es una complexión, cuyos vínculos abrazan la vida de sus miembros, constituidos en órganos de ella, y que presenta variedad de fines y división de trabajo. Las naturales diferencias que median entre el organismo social y el individuo, impiden aplicar á aquél todo lo que en éstos se halla (por donde Wundt parece apartarse de Spencer y asemejarse más á Schäffle); pero nada importa para el caso, como tampoco que sus unidades componentes sean á su vez organismos. Físicamente,

el individuo, ¿no consta acaso también de elementos y órganos con cierta vida sustantiva? Y en el orden psíquico, el proceso unificador de la conciencia, ¿no supone asimismo pluralidad de unidades psíquicas elementales y subordinadas, que se funden mediante la constitución de un órgano nervioso central?

En la sociedad, estas unidades permanecen libres, discontinuas, aisladas; si bien física y exteriormente enlazadas en el tiempo y el espacio, y sobre todo y singularmente, en cuanto á la vida del espíritu. La naturaleza, en un respecto, es la preparación para éste (*die Vorstufe des Geistes*: fórmula que no desdeñaría un hegeliano, y aun en general un espiritualista clásico); lo cual no se concibe, si toda ella no tiene un contenido psíquico también, cuya conciencia falta en los grados inferiores de la vida, como falta igualmente á las unidades interiores y elementales de que consta el individuo, pero que se da ya en éstos, quienes son á su vez las unidades elementales de la sociedad. El organismo social es, pues, «reunión de elementos relativamente sustantivos, que constituyen un todo de unidad, determinado por una voluntad central ó común», y donde concuerdan los sentimientos, tendencias y representaciones de ese todo y de aquéllos. No hay sociedad sin individuos; de éstos nace todo movimiento en el espíritu colectivo; por su medio es como únicamente influyen en la vida social las condiciones del mundo físico; ni hay en esta vida motivo ni fin alguno que antes no se dé en aquéllos. Mas no por esto es cierto lo que piensa el individualismo de que el influjo espiritual del todo en sus miembros provenga del mero conjunto y pluralidad de éstos, como términos aislados, ni que tenga por únicos fines los de dichos individuos, puramente como tales; sino que ambos órdenes coexisten al par, de dos modos: a) fines y necesidades individuales, con medios sociales para realizarlos; b) fines y necesidades sociales y medios individuales para ellos. En este punto, hay cierta diferencia entre las ideas de la *Ética* y las del *Sistema*. Ahora, parece acentuar más el valor del individuo; antes (1), la conciencia, la voluntad, ó sea «la personalidad» del individuo, son un resultado, un producto, una diferenciación en el plasma social, del cual va formándose; adquiriendo y condensando en su foco las ideas, sentimientos y aspiraciones sociales una riqueza y un poder concretos, que son la fuerza de la individualidad y que ésta viene al punto á devolver al todo, de donde emerge y adonde viene siempre á confluir, subordinando y sacrificando su egoísmo.

¿Cuál es, para Wundt, la distinción fundamental entre unos y otros organismos? El carácter libre de la voluntad conscia, que constituye la nota del individuo. Pero adviértase que, descansando las formas sociales todas en aquella conformidad y consonancia entre esas unidades elementales, que es lo que les da su realidad, los individuos son más determinados por la comunidad que ésta por ellos. La libre voluntad del individuo influye, sin embargo, en la sociedad; por donde toda reforma en ésta tiene siempre su origen en aquél: ora por irse generalizando gradualmente y extendiéndose las ideas de los individuos, ora por producirse un cambio brusco mediante la acción de una sola voluntad enérgica. Wundt, sin embargo, como Spéncer, ó más bien, como todos cuantos han llegado por cualquier camino, y sea de una manera parcial ó íntegra, tácita ó expresa, á reconocer el carácter orgánico de las sociedades, niega que esos cambios violentos puedan prevalecer, si no los sigue ó los acompaña (mejor debería decir «los precede») una modificación correspondiente en el espíritu colectivo.

(1) *Ética*, sección 3.^a, cap. I, 2.^a c.

Bien se ve aquí que la oposición del autor al individualismo no es acaso tan absoluta como piensa —ni sería en verdad otra cosa posible. En realidad, parece que vacila: á veces, el individuo es hijo del medio, formado en él y por él; á veces, constituye para él el tipo de la vida, por donde se mide y conceptúa á los demás organismos, que se derivan de él y de sus funciones, como se engendran todos los movimientos sociales; él es, pues, la entidad elemental, la célula, que podría decirse, á la inversa de como Schäffle lo concibe, al poner en la familia, y no en él, el principio de la actividad y de la renovación.

Diversas especies de círculos libres se forman en el seno de la sociedad, á la cual se asemejan tanto más, cuanto más fines abrazan, alejándose, en caso contrario, hasta degenerar en el mero agregado, suma de individuos que, sin formar unidad verdadera, sólo procuran por su reunión aumentar los medios para sus fines personales; lo cual constituye el grado inferior de la serie. Estos diversos círculos sirven de órganos á la comunidad social, ora favoreciéndola, ora contrariándola. Importa consignar que, para el autor (como para Spencer), organismo social quiere decir únicamente *nación*: todos los demás grupos, por importantes que sean, aun á sus propios ojos, no pueden pretender ese concepto, ni recibir tal nombre. La razón es que, en su sentir, sólo las naciones son grupos independientes, sustantivos, sin superior común; y para él este carácter es inherente al organismo social. Hasta dónde este punto de vista se deba (como el análogo de Hegel) á la presión de los hechos actuales, y cuán difícil sea mantener un límite arbitrario, que el mismo autor rechaza en otros órdenes de organismos, lo advertirá sin gran trabajo el lector atento.

Regla fundamental es para nuestro autor (y difícil de conciliar por cierto con las tendencias anti-exclusivistas del derecho internacional contemporáneo) que á ningún individuo debe ser lícito pertenecer á más de un organismo propiamente dicho, ó sea, á más de una nación. Esta es tan única para sus miembros, como cada uno de ellos lo es para sí propio. Sólo bajo tal condición existe, subordinando á su fin todos sus órganos. Cuando éstos cesan de obedecer á la voluntad común, ó cuando los diversos círculos particulares de la sociedad absorben toda la atención, intereses y fines de sus miembros, presa del egoísmo, la nación se disuelve. La reemplazará otra, pero con idéntica ley, porque ésta nace de la doble unidad de nuestro ser, como individuos y como miembros á la vez de un todo social.

La nota más característica que á éste distingue puede resumirse en «su ilimitada aptitud para organizarse y transformarse, propiedad que se revela en el continuo nacimiento de asociaciones libres en su seno, y que á su vez se funda en la libre determinación que caracteriza á los individuos de toda comunidad».

FRANCISCO GINER.

Sección del Exterior

LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL

(CONTINUACIÓN)

La ciencia de la vida social, en cuya relación la criminalología es lo que la patología á la biología, debe ser, por tanto, el vasto terreno sobre el cual puedan cooperar, como

hermanos de fatigas en una obra común de saneamiento y abono, la antropología criminal, la psiquiatría, la psico-fisiología y todos los demás estudios que el hombre ha consagrado al *objeto* más inteligente y hermoso del mundo: el hombre.

Sin embargo, ninguna de estas indagaciones especiales y científicas deben apartarse ni aislarse de las compañeras que trabajan á su lado por el principio que afirma la *unidad de las ciencias* y que no puede confundirse con la uniformidad, desde que es sabido que la variedad es la base orgánica de la *unidad*.

Yacen muertos y enterrados para siempre los tiempos en que las ciencias sociales pretendían separarse de las naturales, como si el hombre fuese un animal extra-natural y como si las cualidades más elevadas de su espíritu lo arrebatasen, según la leyenda semítica, del resto de la naturaleza viva.

La filosofía desciende de las alturas siderales, entre las cuales había desaparecido para los mortales, como entre nieblas, y vuelve á la tierra para trabajar como obrera moderna en el taller de las indagaciones positivas al lado de las ciencias que se han hecho hermanas y solidarias en la laboriosidad y en los métodos. Y más acá de lo *incognoscible* spenceriano, que aquélla no tolera ciertamente, como nueva columna de Hércules, semi-metafísica de sus audaces indagaciones, se refuerza con los sólidos argumentos vitales que los progresos de las otras ciencias le deparan y que ella no desdenará.

Con el pensamiento reverente, vuelvo á saludar, desde este aula austera, al venerable entre los ancianos, Roberto Ardigó, quien no envejece ni comparado con esta juventud tan llena de vida y de ilusiones, al potentísimo filósofo en quien las amplias intenciones del alma latina, fecundaron una fibra saturada de modernidad.

En la filosofía positiva él ha levantado siempre el monumento imperecedero de su gloria.

¿Podría la ciencia del derecho penal conservarse como especulación puramente jurídica, acelerándose y renovándose, al mismo tiempo, con actividades científicas asociadas? ¿Puede permanecer limitado el estudio del delito, como pretende el insigne autor de la escuela clásica, al acto de rumiar doctrinariamente definiciones abstractas, que hacen de él un ente fuera del contacto de los hombres, *un hecho violatorio del orden jurídico*, aun cuando éste esté fundado sobre el preconcepto metafísico de una voluntad sobrenatural, ó bien sobre las bases de un pretendido contrato social?

¿Debe, por el contrario, polarizarse, como intentaba en sus comienzos la antropología criminal, en el examen antro-po-métrico del delincuente y á la clasificación de los tipos criminales, sin recordar, siquiera, que éste y aquél son la mayor parte de las veces, efecto de otras causas generales sobre las cuales es necesario fijar la mirada ex-crutadora?

La sociología criminal, como ciencia positiva, ha llegado en nuestros días á un grado de evolución que permite tener fundamentos incommovibles. Ella considera y estudia el delito, no ya en sus relaciones éticas ó jurídicas, sino bajo su aspecto social y en relación con la sociedad.

Bajo un punto de vista abstracto y absoluto, no existe ni el bien ni el mal, pero mirados con los ojos del positivismo social, el bien es lo que conviene á la sociedad y el mal lo que perjudica á la especie. El delito tampoco existe en sentido abstracto y absoluto y la idea del mismo nace, tan sólo, con respecto á la agresión sufrida por el individuo ó la colectividad, en sus diversos derechos y por actos del delincuente y también del interés que todos tienen de defenderse contra las agresiones de cada uno.

Es, pues, en este concepto, verdaderamente moderno, que surge el principio penal positivo de la *defensa social*, en reemplazo del principio metafísico del restablecimiento del orden jurídico violado por el delito, según la doctrina de Carrara.

La sociedad no puede blasonar de justiciera en nombre de un principio trascendental, ya que en tal caso el derecho penal vendría á encadenarse con la teología; no puede fundar la responsabilidad penal del delincuente en la presuposición del libre albedrío, ya que entonces sería necesario primero que se demostrase la existencia del libre albedrío y no con el razonamiento agudo de aquel sofista: «Si el libre albedrío no existiese, no podría existir; mas existe puesto que existe».

La sociedad no tiene el derecho de castigar, no tiene el derecho de vengarse, como no tiene jamás, frente de la civilización, el derecho de torturar.

Tiene, sí, puramente, el derecho de defenderse, como todo organismo que no quiere perecer del delito que le maltrata en sus miembros. Y este imprescriptible derecho de defensa, cuando la sociedad sea sabia, sabrá ejercerlo, primero curando radicalmente sus males profundos, de los cuales la mayor parte de los delitos nacen y vigorecen; después, cumpliendo por sí misma el deber de prevenirse de nuevos ataques del delincuente, que si existe, demostrará obstinación en la violación del derecho ajeno, el deber hacia el delincuente mismo, degenerado, loco, moral, etcétera, con la aplicación, para su cura fisis-psíquica de todos los remedios que la ciencia irá paulatinamente revelando para curar ó aliviar esas enfermedades morales.

PEDRO CORÍ.

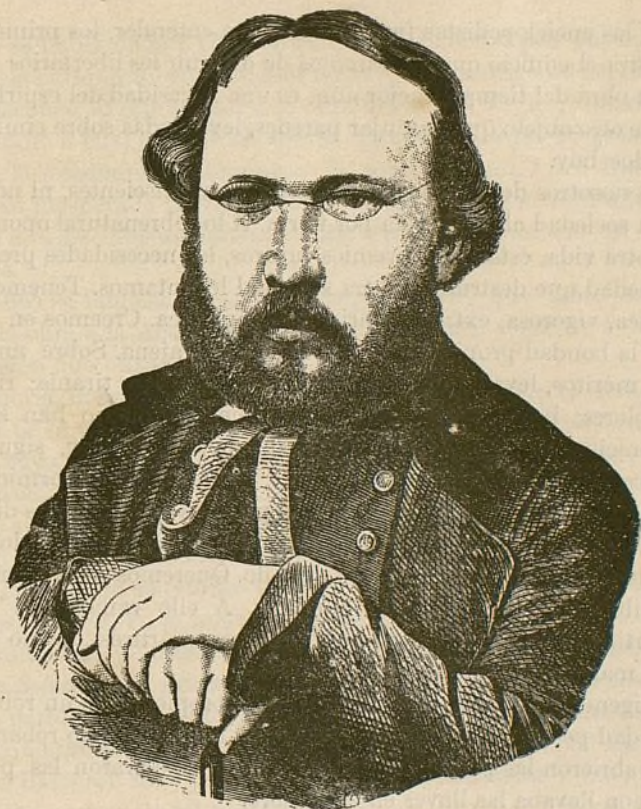
(Continuará.)



Suplemento á «La Revista Blanca».

El próximo viernes la fracción libertaria de LA REVISTA BLANCA publicará el *Suplemento* semanal que anunciaba el número anterior de esta Revista. El primero del *Suplemento* insertará artículos de Fermín Salvoechea, Anselmo Lorenzo, Fernando Tarrida, Ricardo Mella, Leopoldo Bonafulla, Antonio López, Vicente García, Soledad Gustavo, Federico Urales y otros.

Además, en números sucesivos, y si queda espacio y hay ocasión en el primero, el *Suplemento* á LA REVISTA BLANCA publicará varias secciones, á fin de que su lectura resulte amena, variada é instructiva, como demanda el gusto de la época. Una sección titulada *Justicia al uso*, hará públicas todas las injusticias que con el pobre cometan las autoridades. Otra, llamada *Cementerio del obrero*, pondrá de manifiesto las víctimas que realiza la codicia del capitalismo. En la sección nombrada *Decadencia burguesa*, se expondrán las faltas de lógica, de sentido común, de ignorancia y de sinceridad que cometen los que las clases directoras tienen por hombres eminentes; y por fin, la sección nombrada *Ojeada internacional*, pondrá á los lectores al corriente del movimiento obrero internacional.



Pedro José Proudhon

Desde la mitad del siglo XVIII á últimos del XIX va una corriente intelectual formidable y una diferencia grandísima en el modo de concebir y de plantear los problemas filosóficos.

Los pensadores del siglo pasado sólo se preocupaban de combatir á la divinidad y á la realeza; los del presente atacan las bases del sistema social, no en su parte espiritualista, que está ya bien combatida, sino en su parte económica, donde falta aún mucho que combatir. Dios y el Rey llegó á ser el punto convergente de las luchas pasadas; la sociedad y la riqueza individual reciben, en nuestros días, los golpes de todos los artistas y de todos los pensadores.

Sin que un escritor fuese ateo, por el ambiente y por el predominio de un problema sobre otros, se había de escribir contra la divinidad, y contra los ungidos por ella. Hoy, sin necesidad de ser socialista, por la orientación de las inteligencias contemporáneas, por el predominio del problema económico sobre todos los demás, hay que arrojar proyectiles contra la sociedad y contra su sistema de riqueza. Hasta los enemigos de los nuevos moldes sociales son, sin darse cuenta, parte á la destrucción de los viejos.

Los pensadores del siglo pasado no creían en Dios, pero creían en la propiedad y en la autoridad, edificios que aquél sostenía, y que hoy se desmoronan por falta de

base. Por eso los enciclopedistas fueron, á nuestro entender, los primeros obreros que operaron contra el edificio que acabaremos de destruir los libertarios

Es esta la obra del tiempo, mejor aún, es una necesidad del espíritu moderno, que no ve ni tiene otro objeto que empujar paredes, levantadas sobre cimientos fuertes un día, carcomidos hoy.

No somos nosotros destructores sistemáticos é inconscientes, ni nos quedamos sin ideales ni sin sociedad al echar ésta por tierra. A lo sobrenatural oponemos lo natural; frente de la otra vida, ésta; á los premios futuros, las necesidades presentes; en oposición á la sociedad que destruimos, otra sociedad levantamos. Tenemos fe en el hombre, una fe rica, vigorosa, extraordinariamente angélica. Creemos en nuestra bondad, y al creer en la bondad propia, hemos de creer en la ajena. Sobre nuestros méritos y por nuestros méritos, levantaremos un edificio sólido, sin tiranía; rico, sin miseria; bueno, sin dolores; bello, sin fealdades; monumento que no han sabido erigir las pasadas generaciones, porque ahora y antes de ahora, á la ley, sigue injusticia; á lo superfluo, escasez; á la bondad, persecuciones, y á la belleza deformidades.

Es obra nuestra, propia de hombres, más perfecta que la de los dioses. No queremos esclavos, los pobres de espíritu; no queremos bienaventurados, los pobres de cuerpo; no queremos asalariados, los pobres de todo. Queremos seres instruidos, vigorosos, satisfechos, libres... en fin, queremos hombres. A ello vamos, allí llegaremos. Nos sentimos mártires de todo eso, y si nos sentimos mártires, ¿cómo podrá hacernos retroceder el martirio?

Una inteligencia poderosa, enorme, dijo: la propiedad es un robo, y desde aquel día, la propiedad perdió su virtud, y desde aquel momento sólo robando se acumulan intereses. Se abrieron las puertas al mundo nuevo, se cerraron las puertas al mundo viejo; Proudhon llevaba las llaves en el cerebro.

*
* *

Fué, sin duda alguna, el primer socialista práctico ó revolucionario. Sus antecesores, Saint-Simon, Fourier, etc., combatían el sistema social como hoy muchos combaten á la monarquía española, desde bien confortables gabinetes que no trocaron nunca por la cárcel ni por el destierro. De éstos se puede decir que *hacían revolución* decadente, ya que no empleaban, en defensa de la doctrina sustentada, la fe ni el entusiasmo del apóstol, demostrando que no se tienen muchas ganas de vencer cuando no se sacrifican las satisfacciones personales á las teorías concebidas.

Nuestro biografiado, por el contrario. En medio de una generación que comenzaba á dudar del 89 y del 93, enseñó al pueblo el verdadero camino de su emancipación, y llevó á todas partes las ideas que su cerebro concebía, con peligro de su vida algunas veces, de su bienestar siempre.

Proudhon fué el mayor de los cinco hijos de un pobre tonelero de Besançon.

Nació en 1809 y estudió las primeras letras en su ciudad natal, y cuando tuvo doce años, se le colocó de aprendiz en un taller de tipografía, donde se distinguió, como en la escuela, por su aplicación y laboriosidad. Con su trabajo constante y con grandes privaciones, podía socorrer á su necesitada familia, y hasta comprar libros y objetos de estudio.

Después de haber ocupado diversos puestos en varias imprentas de provincias, en 1837 se asoció con dos más para explotar un nuevo procedimiento tipográfico. Por

aquel tiempo no se había dado á conocer aún; pero habiéndosele encargado una edición de la *Biblia*, la enriqueció con notables notas sobre los orígenes del idioma hebreo, y poco tiempo después, al reimprimirse la obra del abate Bergier, *Elementos primitivos de las lenguas*, añadió á ella, aunque sin dar su nombre, *Ensayos de gramática general*. Por este trabajo, la Academia de Besançon le pensionó con 1.500 francos anuales. Aprovechando tan inesperado recurso, Proudhon se estableció en París, dando allí algunos trabajos á la *Enciclopedia católica*, entre otros, uno titulado *El Apocalipsis* y otro *La Apostasía*.

En 1840 publicó su famosa obra *¿Qué es la propiedad?*, que tanto escándalo produjo. Dedicada la obra á la Academia de Besançon, ésta contestó á la dedicatoria retirando la pensión que otorgaba al autor.

Aquella memoria, destinada á producir tanto ruido andando el tiempo y que desarrollaba la tesis de la propiedad es un robo, fué objeto de persecuciones judiciales, y en Enero del 41 tuvo que presentarse de nuevo ante el Tribunal por su *Advertencia á los propietarios*.

En el mismo año abandonó la tipografía para dirigir en Lyon una empresa de transporte, cargo que desempeñó hasta el 47. Apesar de ser éste tan prosaico, no abandonó la filosofía, y en 1843 se publicó en París *De la organización del orden en la humanidad*, y tres años después, en la misma capital de Francia, *Sistema de las contradicciones económicas*, tratado de política el primero y de economía el segundo. Estando trabajando en la *Solución del problema social*, le sorprendió la revolución de Febrero tomando en ella parte muy principal desde la redacción de *El Representante del Pueblo*, periódico diario que fué suspendido de orden gubernativa el mes de Agosto próximo, y cuyos artículos llamaron muy pronto la atención por su vigor y valentía. La popularidad de Proudhon creció de tal modo, que en 4 de Junio, al hacerse las elecciones para diputados, fué elegido representante del Sena por 77.094 votos.

Tres semanas después, investido de su calidad de diputado, se pudo poner á salvo de persecuciones, presentándose en una barricada del Arrabal de San Antonio cuando las jornadas de Junio, donde pronunció aquellas famosas palabras: *Vengo á admirar el espectáculo de las descargas, después de haber admirado el de los votos*.

En las constituyentes hizo notar la ineficacia de los acuerdos que tomaban los radicales, y en 31 de Julio presentó su proposición relativa al impuesto sobre la propiedad, por la cual pedía que el Estado se apoderase de la tercera parte de los intereses y del capital, á fin de llegar á la consolidación de la República por la nivelación del crédito. Esto era, en términos claros, proponer la liquidación de la propiedad que se transformaba, por medio del sistema de Proudhon, en posesión transitoria, y esto es lo que reclaman en España algunos revolucionarios en política y evolucionistas en economía.

La proposición fué leída en medio de una confusión espantosa y rechazada por 691 votos, considerándola «un atentado odioso contra los principios de la moral pública y un llamamiento á las malas pasiones». Después votó contra la proposición del derecho al trabajo, presentada por Mr. Pyat y contra la totalidad de la Constitución, presentada por los constituyentes, que consideraba, con su cortejo de resabios monárquicos, como un peligro para la libertad.

Convencido de que era imposible propagar sus ideas desde la tribuna del Congreso, porque estaba á merced de una mayoría hostil y de un presidente encarnación de todos los prejuicios pasados y preocupaciones presentes, tomó la pluma y fundó

sucesivamente tres publicaciones diarias. En Noviembre de 1848, *El Pueblo*; en Abril del 49, *La Voz del Pueblo*, y en Octubre del 50, *El Pueblo* otra vez, que murió por las persecuciones, condenas y denuncias. Desde estas publicaciones sostuvo aquellas violentas polémicas con los jefes de partido Ledro Rollín, Pedro Leroux, Lamartine, Luis Blanc, Cabet, Considerant y Cavainage. Citado multitud de veces ante los tribunales, las multas que se le imponían eran sufragadas por suscripciones públicas del pueblo, á quien tanto defendiera. Sus discursos impresos y sus libros alcanzaban multitud de ediciones, y eran arrebatadas de las librerías y de manos de los vendedores, que el pueblo llevaba al taller, al café y al hogar para leerlos en alta voz á sus compañeros y á su familia. De nadie se ha aprendido tantas cosas de memoria como del célebre revolucionario que nos ocupa.

En un año, del 48 al 49, publicó *El derecho al trabajo*, *Los Malteuses*, *Ideas revolucionarias*, de tesis y tendencias eminentemente enemigas del orden social existente.

El 31 de Enero de 1849 creó el *Banco del Pueblo*. A pesar de la oposición que los poderosos y sus órganos en la prensa hicieron al proyecto, Proudhon pudo reunir 5.000.000 de francos salidos de las clases bajas, y que destinó á abolir el interés, á facilitar la circulación gratuita de los valores y la supresión del capital. Ya que sus contrarios, que lo eran todos los enemigos de la emancipación del pueblo, no pudieron vencer aquella naturaleza indomable ni debilitar aquella voluntad tan poderosa por la crítica y los medios morales más ó menos dignos, se le hizo procesar por delito de imprenta, se le condenó á tres años de prisión, que no sufrió por haber salido de París el 28 de Marzo. Las oficinas del *Banco del Pueblo* fueron cerradas por orden gubernativa. Después de haber residido en Ginebra unos cuantos meses, en casa de un amigo suyo, en 4 de Junio se presentó á las autoridades, siendo encerrado en Santa Pelagia, donde se casó en 1850. En la prisión escribió las obras siguientes: *Confesión de un revolucionario*, *Actos de la Revolución*, *Del criterio*, producto de una discusión contra Bastiat, con el cual había ya sostenido controversias en una serie de cartas tituladas: *Capital é interés*, *La revolución social demostrada por el golpe de Estado*, y en la que el autor presenta el siguiente dilema: *El porvenir es del César ó de la Anarquía*.

En 4 de Julio de 1852 se le puso en libertad y estuvo algún tiempo en la vida privada, consecuencia natural de las amarguras que había sufrido durante sus años de cautiverio, donde dió el caso raro de pasar la luna de miel en la cárcel. En 1856 reaparece de nuevo y con más bríos con su obra *Manual de las operaciones de la Bolsa*, que es una formidable censura contra la especulación y los especuladores. Poco después, 1858, publicó una de sus obras mejores, por el fondo y por la forma, que dedicó irónicamente á monseñor Mathieu, cardenal-arzobispo de Besançon, y á todo el clero francés, con el título *De la justicia en la revolución y de la Iglesia. Nuevos principios de Filosofía práctica*. El libro fué denunciado y recogida su edición numerosa, al autor se le condenó á tres años de prisión y á la multa de 4.000 francos, sentencia que no cumplió en ninguna de sus partes, porque Proudhon pudo escapar y refugiarse en Bruselas, á donde el año 60 se le participó la absolución, regresando de nuevo á Francia.

El 61 publicó dos nuevas obras: *La guerra y la paz; investigaciones sobre el principio y constitución del derecho de gentes*, y *Teoría del impuesto*.

El 62, *La federación y la unidad de Italia*.

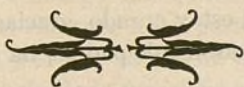
El 63, *Los demócratas juramentados y Los refractarios*, *Las mejoras literarias*, *Del principio federativo y de la necesidad de reconstituir el partido de la revolución*, *¿Han deja-*

do de existir los tratados de 1815?, y Actos del futuro Congreso, producto de una inteligencia rápida y activa.

Después de su muerte, acaecida en Pasy, pueblecito cercano á París, en Febrero de 1870, aparecieron sus obras póstumas, *Los Evangelios*, que había escrito el 65, y *Francia y el Rhin*, escrita el 67.

Proudhon estuvo en lucha constante con sus contemporáneos, y de él puede decirse que á donde iba, iba la revolución. Dignísimamente la mantuvo treinta años, sin lograr llevarla á la victoria. Lo haremos nosotros, perfeccionada por el tiempo y por la labor de los pensadores modernos.

CHARLES MONEY.



La Sociedad Futura

Este es el título del primer volumen que ha publicado la biblioteca de LA REVISTA BLANCA. *La Sociedad Futura* expone brillantemente las teorías libertarias y la sociedad que ha de practicarlas. Su autora, nuestra compañera de redacción Soledad Gustavo, demuestra en dicha obra su claro criterio y su fe en el porvenir.

Las personas que deseen enterarse de las bases sociales que defienden los sociólogos ácratas ó libertarios, y que tanto preocupan á los pensadores y á los tiranos modernos, aunque en sentido diferente, lo harán cumplidamente leyendo dicho trabajo. Puede adquirirse en esta administración al precio de 20 céntimos ejemplar, y de 2,50 pesetas paquete de 20 ejemplares.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

Y mi enfermedad, de la cual estoy curado, gracias á los ahorros vitales que continuamente efectúo y que efectuaron mis padres, ha sido un accidente social, como todas las enfermedades.

Joven, pronto he vencido la resistencia que al restablecimiento de mi salud oponía el ambiente; pero podía acontecer lo contrario; podía acontecer que mi organismo *llegase gastado* por la escasez, los disgustos, la herencia, el alcohol, etc., y en este caso, ¡adiós mis queridos lectores de LA REVISTA BLANCA!

Los primeros síntomas se presentaron leyendo. Débiles dolores de cabeza, que cesaban cuando cesaba de leer. El remedio era bien manifiesto. El cerebro *pedía* reposo; pero, ¿cómo otorgárselo, si yo había contraído el compromiso de hablar del *obrero de los tiempos pasados*, para cuyo compromiso el editor, Félix Alcan, me había remitido un *cheque*, que entró por las puertas de mi casa con todos los honores debidos á su rango y á mis necesidades?

Las circunstancias no podían ser más enemigas mías. La sociedad, con sus compromisos, con sus *exigencias* y con sus injusticias, me obligaba á dar lo que no podía sin grandes descalabros orgánicos. Trabaja, que es indispensable, decían las conveniencias sociales; no trabajes, que la vida se va, decía el cerebro con sus dolores. Cesa, que no puedes, gritaba la cabeza; anda, que el editor aguarda las cuartillas, exclamaban los últimos restos del *cheque* en cuestión. Y para un rato para volver á empezar, y vuelve á empezar para volver á caer.

Bien ó mal, se hizo la crítica, mal, seguramente; pero cuando la ví en letras de molde, no estaba yo para leerla. La sociedad obligábame á ver indiferente la ruina de mi capital orgánico. ¿Se quiere más injusticia, más ataques á la personalidad humana?

Es un caso práctico de lo que en LA REVISTA BLANCA vengo diciendo.

Sentiría que mis hijos no pudieran decir de su padre lo que yo puedo decir del mío, esto es, que fué un gran capitalista de salud, capital que yo he heredado intacto, y que sospecho no podré legar á mis descendientes, por grandes que sean los esfuerzos que haga en este sentido, pues habrá de impedirlo la lucha que mi organismo sostiene con el organismo social imperante, mucho más fuerte que yo.

Ocorre eso: La evolución, por medio de muchas generaciones, acumuló en mi organismo la cantidad de fuerza que yo empleo en defensa de esta misma evolución. Es un rico medio de defensa y una manera magistral de proseguir la obra eterna. Y

estas mismas *energías* que yo consumo, hubieran podido ser consumidas anteriormente por mis predecesores, si las circunstancias ó la casualidad les hubiese llevado dentro de un ambiente social apropiado á sus condiciones intelectuales, tanto educativas como orgánicas.

Porque no sólo muchos de los cerebros que en este momento no escriben ni piensan reúnen condiciones orgánicas para pensar y escribir, sino que estos mismos cerebros que no producen por falta de ambiente, acumulan en sus descendientes enormes cantidades de fuerza, cantidades que se manifestarán cuando los engranajes de la máquina social y vital lleven á aquellos organismos á una civilización adecuada á sus condiciones educativas y orgánicas.

En una sociedad ignorante, un cerebro bien organizado es una fuerza en reposo, y una sociedad debidamente constituida, es una fuente de energías morales, físicas é intelectuales. Hoy los cerebros superiores no producen lo que debieran, porque la sociedad no les facilita medios. Sin embargo, nada, absolutamente nada se pierde, ni en el mundo de la idea, ni en el de la materia, ni en parte alguna. Lo que se descompone aquí se compone en otro sitio, y lo que ahorra un cerebro otro lo gasta. Solamente que en la actualidad, á consecuencia de la injusticia social, se ahorra y se gasta sin orden ni concierto, resultando de esta desarmonía grandes trastornos orgánicos.

Bien desarrollada y bien educada la materia intelectual, el gasto de fuerza que ahora hacen unos pocos, aquellos que reúnen condiciones sociales únicamente, muchos de los cuales no las reúnen intelectuales, lo harían los que reunieran estas condiciones, que son más de lo que comunmente se cree. Cuando la sociedad sea justa, esto es, cuando otorgue á todos los individuos una misma libertad y *un mismo derecho á la vida*, sólo la Naturaleza distinguirá unas inteligencias y unas facultades de otras, y entonces los hombres aportarán á cada uno de los ramos de la actividad humana la fuerza libre y regular de sus organismos.

Esto, lo otro y lo de más allá, no es más que una lucha constante. Luchan las células en nuestro organismo, luchan los órganos mismos en nuestro cuerpo, luchan los individuos en la sociedad, lucha la sociedad en la Naturaleza, lucha el átomo en lo infinito, luchan los mundos en el espacio, y después, en el mundo de la idea, luchas y más luchas. Unos hombres, obedeciendo al atavismo más que al ambiente; otros, al ambiente más que al atavismo, sometiéndose todos, al fin y á la postre, quién más quién menos, según la fortaleza orgánica de cada uno, á las condiciones externas ó á las internas, ó á ambas á la vez.

Por esto, ante todo, es menester hacer hombres fuertes.

En las pocas naciones que entienden algo de *eso*, ó que llevan á la práctica los experimentos de la psiquis-fisiológica, para hacer hombres morales ó buenos, si por coercitiva queremos descartar esta palabra de la civilización natural que preparan las ideas libertarias, hacen hombres sanos ante todo.

Este niño —dicen— tiene pensamientos muy ruines, aficiones bajas; es necesario, pues, enviarlo al campo. La raza latina pensaría en darle un preceptor muy religioso ó en someter al niño á un régimen represivo, y la raza latina, con estas medidas y con otras como éstas, prepara su decadencia. No es ya la religión ni la represión lo que hace bueno al hombre: es la Naturaleza con sus atributos. El profesor más entendido y riguroso podrá hacer de un niño degenerado, como son todos los niños hoy, un hombre más ó menos instruido; de buenos sentimientos, no. En cambio, dad este niño á la Naturaleza. No os lo devolverá sabio; pero os lo devolverá bueno, y con toda

su ignorancia, nunca será un peligro para sus semejantes ni un *obstáculo á su propia dicha*.

No es eso defender á la ignorancia; es considerar la salud superior á la instrucción, y muy singularmente, á esa instrucción sedentaria é intelectual que se acostumbra en nuestros días. Cuando la educación intelectual, no la instrucción, sea el complemento de la física, entonces podremos pensar en la extinción del crimen, porque entonces todas las circunstancias de ambiente (la sociedad) serán favorables á la salud moral y física del individuo.

DOCTOR BOUDÍN.

DE LA BELLEZA

Gómez Carrillo ha dicho, desde las columnas de *Revista Nueva*, que yo soy el hombre que menos se preocupa de la belleza. No dice Carrillo qué belleza es la que á mí me tiene sin cuidado, pero del escrito que tal afirma, se deduce, que es la belleza en cualquiera de sus manifestaciones.

Tema ó discusión es esa que fácilmente podría meternos dentro de la metafísica, de la que yo huyo como de la peste. Así, que, para no caer en sus mallas, admitiré por belleza lo que por tal admite todo el mundo, diciendo, de paso, que lo relativo y lo absoluto, el fenómeno y el *noumena*, lo subjetivo y lo abjetivo bueno es para metido en el archivo de lo que un día fué y que no fué mejor, aunque lo contrario diga Jorge Manrique.

Yo no sé de dónde habrá sacado Carrillo que á mí la belleza no me desasosiega y sólo barrunto que puede haberlo hecho de una plática amistosa que sostuvimos en la redacción de *El Progreso*, donde yo dije, entre otras cosas, que los estetas, al querer el arte por el arte, querían la ciencia por la ciencia, no por el bien que la humanidad puede sacar de ella, y que la belleza artística en general y la literaria en particular no consiste en hablar y escribir con galanura, consiste en exponer ideas, conceptos, algo clara y brillantemente.

Yo bien sé que hay quien coloca el arte más alto que el ideal, que hay quien dice que al ideal es ajeno, y que no falta quien entienda que el ideal, como objeto de aspiraciones en sentido progresivo, es simplemente una tontería que padecen moralistas de tres al cuarto; pero también sé que los que tal cosa afirman, no sólo carecen de ideal, carecen de condiciones físicas é intelectuales para sustentarlo.

Se ventila en esta cuestión, más que un problema de estética, ó tanto como un problema de estética, un problema psicológico, en el que, además, la patología puede intervenir con muchos y muy legítimos títulos.

No soy, como Lombroso ni como Max Nordau, enemigo sistemático de los artistas, pero no me simpatizan los que buscan la emoción estética en lo que el mundo llama vicio y que yo llamo organismos vencidos en esta lucha formidable que la especie humana sostiene contra la naturaleza, por empeñarse aquélla en sostener una sociedad que con sus preocupaciones, y, sobre todo, con su moral y su base económica, imposibilita la satisfacción de los deseos naturales.

Los dos sabios antes citados, sabios en muchas cuestiones, ignorantes en otras,

odian á los artistas, porque, mirando, como miran, al hombre con ojos de médico, observan que los caracteres que al arte se dedican y que por el arte reúnen condiciones, son organismos que, en punto á salud, dejan mucho que desear. Notan que el arte, particularmente el que produce el esteticismo, es un arte enfermo, melancólico en medio de sus carcajadas, impotente en medio de sus orgías, escéptico en medio de sus ilusiones; y estas anomalías son parte muy importante á la desdicha que de la humanidad se apodera poco á poco, porque siendo el arte una figura ante la cual se emociona la especie nuestra, ésta, por medio de la emoción, castiga á su organismo de los desarreglos que el artista padece.

Yo, en mi calidad de sociólogo, aunque sea lo menos sociólogo posible, en mi calidad de partidario de una causa que aspira á la sociedad natural, á una sociedad que permita y prepare la constitución de un hombre fuerte, sano, feliz reniego de la belleza de Gómez Carrillo, pero no de la belleza.

Yo deseo el hombre natural, porque deseo el hombre pasional, y deseo el hombre pasional, porque deseo el hombre natural.

Mi belleza nace de la naturaleza, no de la sociedad; del cuerpo, no de los nervios.

Yo deseo una mujer fuerte, sana, vigorosa, que ame inmensamente, que no pretenda ni piense resistir el empuje de sus pasiones, que conciba muchos hijos, que goce del amor como manda natura; no una mujer histérica, anémica, morfoniana, *que juegue á hombres*, que bese obedeciendo al cálculo, no á la carne, que conciba cuando encuentre un hombre que, por su potencia, le obligue á ser *madre á pesar de todo*.

Yo quiero á la mujer que sin rubor se desnuda ante su amante pensando entregarse á él con toda su alma; no la quiero de las que enseñan sus morbideces pensando *sacar* un abrigo de pieles.

Yo quiero el arte que se inspira en el seno de la naturaleza, frente de una tempestad terrible, dentro de una selva inmensa, en medio de una revolución devastadora, cerca de un río impetuoso, en la sombra de vegetación rica, en el sonido del viento, en el gorgceo del pájaro, en el delicioso aroma de las flores, en brazos de una mujer que ni un momento deje de besarte. Yo no quiero este arte que produce el alcohol con sus desvarios, el vaho del burdel con sus desarreglos, la *cocotte* con sus truhanerías, el sistema nervioso con sus enfermedades. Yo concibo un arte inmenso, placentero y batallador, hoy que se necesitan batallas y placeres. Mañana... no sé lo que será el arte mañana; sé, sí, que no será eso que cree el autor de *Almas y cerebros*, porque si Gómez Carrillo, muy cándido á pesar de todo, reúne méritos para creerse artista, no reúne condiciones para considerarse enfermo, y no ha de acabarse el arte ni la belleza, porque se acaben los organismos desequilibrados, acaparadores del arte hoy día, porque la sociedad que los celebra está tan desequilibrada como ellos.

Hay que adorar la belleza de la destrucción; la belleza del ideal disolvente; el arte demoledor es el de los fuertes. Eso es de malo lo que no puede decirse, y hay que destruirlo. Tanto es malo, que hasta tiene la culpa de que Carrillo goce una vida de artificios, sin sensualismos verdaderos, con decaimientos inmotivados, con alegrías ficticias, con placeres superficiales.

Por carne fresca, toma Carrillo montones de basura; por vida intensa, excitaciones nerviosas; por belleza, unas notas que sólo llegan á la imaginación de los que de ficciones viven.

Madrid es un pueblo que ha consumido todas sus energías en el juego, en la prostitución, en la política, en los toros, en la empleomanía, en las orgías (bacanales,

aunque Carrillo las llame artísticas) y por muy graciosos que sean sus chismes y picarescos sus galanteos, Madrid jamás será bello, porque la pasividad, la disipación, la indolencia, la muerte no son ni pueden ser hermosas. En cambio, la capital de España reúne excelentes condiciones para pervertir todas las iniciativas regionales y para ser el campeón de ese arte que no necesita ni voluntades, ni amores, ni entusiasmos, ni sacrificios; de este arte que nada dice y que nada enseña; que se alimenta de espíritus muertos y de cuerpos vencidos. En cambio, Barcelona es hermosa con su actividad febril, con su constancia tenaz, con su ilustración popular, con su *instinto de conservación*, que algunos llaman tacañería, con sus energías revolucionarias, con su juventud estudiosa, y aunque le falte verbosidad y galanteos de dudoso género, será siempre una esperanza para el arte verdadero y para la revolución.

No soy esteta, es decir, no soy partidario del arte por el arte, porque la belleza, por sí sola, no sabría qué hacer de la fuerza que siento en mí. No soy esteta, porque me creo capaz de satisfacer las necesidades del ideal y las de la belleza. En fin, no soy esteta, porque el arte sin la idea, la forma sin el fondo es propio de muñecos.

El público compuesto de beatas influyentes y de *moralistas* potentados, entre el arte por el arte de Lavedan y el arte por el ideal de Mirbeau, opta por el primero, á pesar de las aficiones pornográficas de Lavedan y del naturalismo revolucionario de Mirbeau; y yo sé muy bien que aquí, en España, se prefiere el modo de Gómez Carrillo al de Federico Urales, si es que Federico Urales tenga modo, pero tampoco ignoro, que con el público que prefiere á Gómez Carrillo no se va á parte alguna, porque es un público incapaz de romper lanzas en favor ó en contra de las conquistas del espíritu; porque es un público vencido en esta lucha inmensa por la vida de la inteligencia.

Por eso las almas muertas como Sardou y como Lavedan, alcanzan el favor de esta sociedad muerta y por esto las almas vivas como Zola y como Mirbeau, alcanzan la consideración de la sociedad que ahora nace.

Amo á la belleza, como amo al sol por sus virtudes, como amo al mar por su fuerza, como amo al apóstol por sus bondades, como amo á la sociedad futura por su justicia, como amo á la mujer por sus encantos, como amo á la naturaleza por haberme formado.

Reniego de la belleza de Gómez Carrillo, pero no de la belleza. Ella guía mis pasos hacia un hombre mejor y más bello que el hombre actual y hacia una sociedad más perfecta que la presente.

Si la belleza es goce, ha de serlo porque es vida, no porque sea goce. La belleza verdadera mira al porvenir con esperanza, no el pasado con éxtasis ni con satisfacción el presente, y para mí tengo, que las almas que no miran así, son almas muertas, aunque sean almas de artista.

FEDERICO URALES.





SECCIÓN LIBRE

EL DESARME

Hubo un tiempo en que las gentes sencillas creían de buena fe que los ejércitos permanentes servían, en primer término, para defender á la nación. Error profundo que los acontecimientos, con su gran elocuencia, se han encargado de desvanecer.

Esas muchedumbres de esclavos encerrados en los cuarteles, siempre dispuestos á derramar en las calles la sangre de sus padres ó de sus hermanos, cuando éstos, aguijoneados por la miseria, enseñan el puño cerrado á sus eternos explotadores, dejan mucho que desear al ser trasladados al campo de batalla. Esa juventud desgraciada, á quien el temor le ha hecho coger el fusil, carece de ideas ó de energías, y no será ella, ciertamente, la que garantice la libertad é independencia de la patria.

Pero si esas masas impotentes son para el bien, para el sostenimiento del mal su eficacia es verdaderamente abrumadora.

Hacia ellas, pues, debemos todos dirigir la mirada.

Si logramos evitar que los trabajadores sigan pagando la odiosa contribución de sangre; si conseguimos que sus hijos se nieguen á seguir sirviendo por más tiempo de carne de cañón; si conseguimos que éstos se resistan á continuar representando el papel de verdugos, entonces, el clero y la magistratura, que sólo por la fuerza material se sostienen, pues la moral hace tiempo que la perdieron, serán arrastrados por el soplo de la Revolución, como esas hojas secas que en las tardes de otoño le alfombra el camino á la estación que se avecina.

Ya en Alemania y Rusia, como en Francia é Italia, la juventud se niega á ser un instrumento ciego en manos de nuestros enemigos y le vuelve la espalda al cuartel. Esa actitud resuelta y digna fué la que puso término á la llamada guerra africana. El primer paso está dado; que los convencidos continúen por tan buena senda; que las compañeros den en todas partes el ejemplo; que sus hijos acepten, si es preciso, hasta la prisión y la muerte, antes que la servidumbre y la abyección, y los socialistas y radicales le seguirán por un camino que ha de conducirnos á todos á la conquista de la igualdad.

El servicio general obligatorio que ha hecho del continente europeo un inmenso cuartel, es la causa de todos nuestros males y el mayor enemigo del bien general. Él, constituido en defensor de toda injusticia y privilegio, sostiene por la fuerza un sistema social condenado por la razón y basado en la iniquidad. Su existencia es incompatible con los principios de igualdad ó fraternidad que deben informar la constitución de las sociedades humanas. Los pueblos que, como Inglaterra y los Estados Unidos, no han querido seguir el ejemplo de sus rivales y no aún establecido en su suelo

esa contribución odiosa, bárbara y cruel, son los más poderosos y florecientes de la tierra.

El error y el mal tienen que ser vencidos por la verdad y el bien.

Y todo parece indicar que ese momento se aproxima; ya las religiones y las nacionalidades; esas grandes barreras que por todas partes se levantaban, presentando un obstáculo infranqueable en el camino de la fraternidad humana, se derrumban, y los hombres, tendiéndose los brazos por encima de templos y fronteras, se disponen á establecer sobre el planeta el reinado de la verdad.

Los pobres son los más y tienen la razón y la fuerza de su parte. ¿Qué necesitan para vencer? Sólo quererlo.

FERMÍN SALVOECHFA.

DE LA MUJER

UN SUEÑO ORIGINAL

De una nación, situada en fértiles terrenos del S. E. se desprendía densa y compacta humareda, mezclada de rojas y siniestras llamas, distinguiéndose entre el celaje del horizonte atmosférico, pequeños y brillantes destellos que parecían haberse desprendido de las bóvedas celestes para irradiar de luz el apagado fósforo cerebral de la degenerada humanidad que puebla el planeta tierra.

De pronto el firmamento se encapotó de inmensos nubarrones negricenicientos que amenazaban estallar en horrisona y desencadenada tempestad.

Y sin saber cómo me encontraba allí, me hallé en un largo y estrecho sendero más oscuro que los lóbregos lodazales, mal denominados conciencias existentes, dentro ciertos sombríos é imponentes palacios, de los cuales estaba invadida la nación, que desde lejos contemplaba yo, pasto de las llamas.

Al verme en tan lamentable situación, el corazón se me oprimió, como si pesada plancha de plomo me lo apretara. ¡Estoy sola!—exclamé yo.—Rodeada de obscuridad, á mí que me es tan precisa la luz para mi materia psíquica, como imprescindible es el aire oxigenado para la materia cósmica. Sin vislumbrar en parte alguna un solo árbol para no recibir tan directos los furores de la amenazadora tormenta. Todo el camino es árido y seco; sólo de vez en cuando tropiezo con espinosas ortigas que me laceran lastimosamente mis pies. Y elevando los ojos á los etéreos espacios, dirigí mis preces al Sublime Arquitecto de ese portentoso é ilimitado edificio, sin principio ni fin, fecundizador de esa maravillosa vitalidad que se halla vasta y extensiva en toda esa gran obra magna, llamada naturaleza, en la cual no existe ni un solo objeto inanimado. Latente ó enérgico, todo es vida.

Y elevada la mirada con arrobador éxtasis, pedí su influencia para volver á la normalidad de mis facultades, obteniendo la precisa coordinación de ideas, mi clarividencia intelectual, y no vivir por más tiempo envuelta entre el negro manto de la obtusa duda para saber de una vez el por qué me encontraba en aquel laberinto, desde donde sólo se divisaban las fulminantes y aterradoras llamas, que culebreando por

una y otra parte, parecían fulgentes destellos disparados por orden de los dioses manes, llamados á arrollar y reducir á cenizas todo el orbe del planeta terráqueo.

Todo esto ocurría en mi imaginación. ¡Si serán estas llamas el pábilo de las obscuras inteligencias, siendo el humo que se desprende de ellas el incienso llamado á purificar la corrompida atmósfera y el mefítico aire que aquí se respira!

¡Si será que la naturaleza, compadecida de la atrofiada organización de nuestra raza, y viendo que no hallaba en la vieja ciencia reconstituyentes para nuestras anemias, ha abierto la anchurosa boca de su pirofilacio, haciendo salir de las entrañas de la tierra el fuego destructor para extirpar y reducir á cenizas las raíces de una sociedad carcomida y degenerada, invadida de rancias é infecciosas preocupaciones! Infinitud de ideas á cual más difusas ocurrían á mi mente perturbada, hasta que oyendo mis preces el Creador, hizo descender á un fluídico mensajero, con etéreas alas y cuerpo diáfano, que al oír mis lamentos y las interjecciones de mi desviada inteligencia, me tomó las manos con aire dulce y benévolo, y mirándome de hito en hito, vi en breve momentos transformado el sombrío recinto donde me hallaba, en verde y frondosa campiña, comparada por su esplendidez en sublimes campos eliseos.

No puede darse nada más prodigioso que lo que se me presentó á mi vista. Variación de comarcas extensísimas, playas ardientes, llanuras templadas, fértiles campiñas, esplendorosos jardines con variedad de flores de fragante y delicada aroma, cristalinis manantiales y corrientes de agua que parecía que daban el armonioso beso á las abundantes y ricas plantas que hallaban á su paso. Todo allí respiraba amor y predisponía á elevarse á la meditación de sublimes ideales.

«Estás rodeada—me dijo el fluídico mensajero—de los inmensos prodigios que lega naturaleza á todos los habitantes que pueblan esa pequeña parte del universo llamado tierra. Pisas el suelo que te vió nacer y que guarda para tí tantos recuerdos, y le contemplas admirada como si fuese para tí un paraje al cual nunca hubieses puesto tus pies. Comprendo que te extasies contemplando esa gran colonia humana comparada á un laborioso hormiguero, donde todos sus habitantes, sin exceptuar ninguno, contribuyen con su labor manual unos, intelectual otros, pero que el conjunto forman el potente motor de la gran máquina productora. Todos estos edificios que contemplas embelesada, son higiénicos y ventilados talleres. Desde el ramo de la industria al comercio, la agricultura, que encierra en sí tanta trascendencia, y que tan olvidada la teniais, mírala ahora, aconsejada por la química, la corpulencia y frondosidad que comunica á sus árboles, la robustez y vigorosidad que inculca á las plantas que han de servir de alimento á vuestros organismos, sirviéndoos los espléndidos campos que contemplas para pacentar los inmensos ganados destinados á enriquecer vuestras arterias, inoculándoos vitales glóbulos de hierro, librándoos por este concepto de perecer todos de los bacilos tuberculosos que encerraba antes vuestra infeccionada sangre.

»A la mecánica le debéis estas grandes maquinarias, estos útiles ascensores, estos provechosos molinos que sirven para el riego, dirigiéndose solos, y solos se retiran cuando hay tempestades.

»Tus cohabitantes tampoco han olvidado que la fuente donde en alto grado dimana la ciencia para curar las dolencias del organismo humano, es en los provechosos estudios psicofisiológicos del magnetismo, en los cuales hallaréis el faro luminoso que os servirá de guía para obtener sorprendentes descubrimientos de suma utilidad para el mecanismo orgánico.

»Como también han considerado de gran importancia sondear la profundidad del enigmático manantial de la electricidad; por esto ves moverse por la potente fuerza eléctrica esa inmensa maquinaria que contemplas.»

A pesar del aletargamiento que me tenía sumida mi estado de éxtasis, no pude menos de objetarle á mi hado que la producción eleborada por tanta maquinaria, habría de redundar en perjuicio del brazo proletario; pero mirándome con aquella benevolencia que ya me tenía acostumbrada, me contestó:

»No profanes el sagrado recinto que contemplas, amiga mía, al recordar lo que fué esta nación; sella tus labios, que cuando te habrás vivificado lo bastante del oxigenado ambiente que aquí se respira, olvidarás por completo esta última preocupación que has observado, legada de entre las miles que contenía la nación que había sido tu patria.

»De una vez para siempre, te diré que aquellas llamas que contemplabas impávida, sirvieron para reducir á cenizas todo el cúmulo de degeneradas preocupaciones, incluidas con todas las miras egoistas é hipócritas que dentro de su mefítico círculo eran preciso encerrar. Esas cenizas han servido de adobo en todos los terrenos que componían la nación, tan inculta aquélla por la indolencia é incapacidad de los que regían sus destinos, como espléndida y fecunda se muestra ahora.

»Este nuevo oasis social tiene por título *Cosmópolis*. Todos sus habitantes sois hermanos sociales, y el conjunto formáis la gran familia humana.

»Todo es común, todo es propiedad de esa fraternal colonia.

»Inducidos por la ciencia, inventáis las máquinas sólo por el amor que tenéis á vuestros semejantes.

»Antes la construcción de edificios, todos los días os hacía lamentar infinidad de desgracias; hoy los ascensores suplen las muchas deficiencias en que antes tropezabais. ¡Y qué te diré de aquellas inmundas minas que servían de sepultura á tantos miles de honrados obreros que iban allí todos los días á tantear la muerte para mezclar ese tanteo con un negro mendrugo de pan!

»Hoy todo está transformado, has de borrar de tu mente lo que ha sido.

»Preciosos inventos, movidos solamente por la inmensa gloria de proporcionar el bien á sus semejantes, ha inducido al hombre á buscar el gran faro de la ciencia, puesto que ya no tropieza con aquellos escollos que se lo vedaban antes, cuando la fosforescencia intelectual chispeaba para ofrecer un invento de suma utilidad social. Y, sin embargo, se habían observado casos de demencia y hasta de arrebatadora locura, promovidos por la dificultad de poder vencer los obstáculos que se presentaban ante sus fuerzas intelectuales, imposibilitándoles por completo el desarrollo de las científicas creaciones que encerraban dentro su concha cerebral.

»Hoy todo se ha vencido. Nada de odio á lo pasado... Sólo compasión debéis guardar por los causantes de tantas desdichas. Vuestros corazones sólo han de encerrar amor; de otra manera, desvirtuaríais el platonismo de vuestros ideales.

»Estás ya salvada del inminente peligro que has corrido; ya se ha concluido la lucha, la gran palanca del progreso se ha abierto brecha.

»Tú has sido de las iluminadas, y justo es que vayas á disfrutar de los inmensos goces que proporciona la colonial propiedad de la nueva *Cosmópolis*.»

.....

.....
Mi pluma se niega á describir la decepción que he tenido al despertar.

Sólo me resta exclamar como el inmortal Calderón:

«Dicen que la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.»

FRANCISCA ROVIRA DE FORN.

EL NUEVO IRIS

El desenvolvimiento y la marcha progresiva de las ideas, nacidas en el cerebro del hombre y desarrolladas con su grande actividad, han dado por resultado la formación de un ideal hermosísimo.

Las bases sobre las cuales se sostiene la actual sociedad son precisamente las que este ideal destruye y reduce á la nada; pues ni siquiera llevan *algo* con qué solidificarse.

Y he aquí cómo el viejo edificio, que en un principio fué levantado con falsos cimientos, hállase próximo á derrumbarse impulsado por la fuerza de la nueva idea, y á la par que se desmorona y queda reducido á escombros, surgirá potente y esplendorosa la justicia que ha de redimir á toda la humanidad.

Y esta vez no quedará á los tiranos reducto donde atrincherarse, pues siendo el mencionado ideal la antítesis de las injusticias imperantes, habráse concluido el medio único por donde pudieran artificiosamente encumbrarse de nuevo.

La revolución ha de ser el medio de realizar este ideal y á la borrasca que en sí lleva sucederá el nuevo iris, esto es, la libertad, la evolución que nace de la ausencia de toda fuerza; y he aquí cómo marchará la humanidad á su grado máximo de dicha porque no habrá, como hoy, quien entorpezca su marcha; habrán quedado anulados dios, capital y gobierno, causas generadoras de la injusticia social.

La verdad, tarde ó temprano, triunfará por encima de todas las injusticias.

V. MOLLÁ.

Sobre el siguiente artículo, que hemos recibido de Barcelona, llamamos la atención de nuestros lectores:

MONTJUICH Y SUS MISTERIOS

Mentiría si dijera que me ha sorprendido la última hazaña del cabo Botas, discípulo aventajado de Portas, que anda ya por su cuenta y riesgo por esta tierra de criminales protegidos por el jesuitismo y por los gobiernos que al jesuitismo protegen.

Impunes quedaron los crímenes que Portas y su mesnada realizaron en Montjuich, y esta impunidad los alienta para continuar martirizando á todo desgraciado que con ellos tope. Es lo que *ese* Botas debe haber dicho y es lo que debe decir todo familiar que haya estado á las órdenes de Marzo y Portas; después de lo que *hicimos* en el célebre castillo, bien podemos darnos el placer de continuar nuestras orgías inquisitoriales y nuestras borracheras de sangre, seguros de que nos han de ser toleradas. Y así iba Botas por el llano de Barcelona dándose la importancia de un Nerón y queriendo que, como á tal, se le celebrase.

Y sin embargo, Botas, de nada tiene la culpa. Es una fiera y obra como quién es. La culpa es de los que teniendo el deber de encerrarla, la dejan suelta; ó de los que, teniendo la obligación de cazarla, se contentan con esquivar su presencia.

Tengo fe en la justicia, en la verdadera justicia y esta fe me alienta.

Si no fuera por lo que ha sufrido el pobre Oliva, casi me alegraría de que la inquisición barcelonesa contara una nueva víctima. Botas ha prestado un gran servicio á la justicia popular. Ha colocado al lado de las víctimas de Montjuich á periódicos que pusieron por las nubes al indigno Portas y que intentaron canonizar á Marzo. Ha puesto del lado de los atormentados en el castillo maldito á aquellos elementos que un día pensaron en declarar hijo adoptivo de Barcelona á un gran cacique de esta ciudad, porque, según decían, con la protección que este gran cacique había dispensado á los inquisidores, habíase logrado vencer al anarquismo catalán. Esto decía un concejal de la ciudad condal llevando la voz de la conservaduría barcelonesa y, sin embargo, lo que habían hecho los verdugos y sus protectores era realizar y encubrir los horrores y las injusticias más grandes del siglo. Y estas injusticias y estos horrores, al quedar impunes, han incapacitado á España para continuar llamándose país civilizado.

Véase lo que publica el gran diccionario *La Chatre*, que ha principiado á publicarse en París y que corto de un artículo inserto en *La Idea Libre*, firmado por José Prat.

«*Alsina* (Juan).—Obrero cerrajero, natural de España. Fué complicado en el monstruoso proceso incoado contra algunos libre pensadores y revolucionarios españoles á consecuencia de una bomba lanzada al pasar una procesión. Los principales acusados fueron sometidos á torturas semejantes á las que empleaba la Inquisición. Este proceso concluyó con la condena á muerte y al asesinato en los fosos de la prisión de Montjuich (Barcelona) de cinco inocentes. Alsina fué uno de estos cinco mártires. Fué fusilado con los demás compañeros el 4 de Mayo de 1897. Dió pruebas de gran valor y murió gritando: «¡Muera la Inquisición! ¡Sois unos asesinos!»

«*Ascheri* (Tomás).—Francés complicado en un pretendido complot imaginado á consecuencia de la explosión de una bomba que se produjo en Barcelona al paso de una procesión, en 1896. Después de torturas inauditas, tales como una marcha continua durante ocho días y ocho noches, privación de alimentos, golpes, retorsión de testículos, etc., los policías instigadores del complot obtuvieron de Ascheri que se declarara autor de la explosión y que acusase a buen número de compañeros como cómplices del atentado. Ascheri fué fusilado con otros cuatro camaradas el 4 de Mayo de 1897 en los fosos de la fortaleza de Montjuich, en Barcelona.»

Con gran curiosidad espero ver lo que *La Chatre* dirá de un tal López al llegar á la letra *l* y de un tal Planas al llegar á la letra *p*. Si yo escribiera dicho diccionario, diría de ellos lo siguiente:

«Españoles de los que, en 1896 organizaron en Barcelona el complot contra los libre-pensadores y los anarquistas con intento de deshacerse de las principales cabezas del radicalismo catalán. Para realizar sus fines se valieron de una bomba que en 7 de Junio de 1896 arrojaron en la calle de Cambios Nuevos un primo del tal Planas, y dos inspectores de policía que el gobernador de la ciudad, Sr. Hinojosa, había declarado cesantes hacía pocos días, á quienes protegía el jesuitismo por medio del López y el caciquismo por mediación del Planas. Con el beneplácito y la protección de estos dos grandes caciques, se instaló la inquisición en Montjuich, donde martirizaron cruelmente á los infelices obreros que caían en sus garras. Léase las palabras Ascheri, Más, Molas, Callís, Ollé, Gana, Nogués.»

Eso es lo que diría yo, y eso es lo que dirá la Historia. Y aquí es donde llegará la justicia popular, porque es donde no llegará la justicia legal.

L. TAPIA CURULL.





TRIBUNA DEL OBRERO

PRESENTE Y FUTURO

CUENTO

Era un día borrascoso, más sombrío é imponente, en un hogar sin lumbre ni pan, donde le esperaban su buena compañera Acracia y dos hijos de corta edad; la niña Redención y el travieso Denuedo, cuando decidió Constancio salir á buscar fuera de la ciudad—pues en ella no la encontraba—un alma buena que, condoliéndose de su triste situación, le diera algo con que sustentar á sus pequeñuelos, con el firme propósito de no volver hasta conseguir su objeto.

Cinco leguas anduvo de mortal angustia; con la vista enrojecida por la irritación que produce el cansancio en un cuerpo extenuado, notó, con pesar, que la noche se acercaba y no tenía alientos para regresar á la buhardilla. ¡Y sin llevar el consuelo á aquellos seres queridos! Rendido de fatiga, sentóse pensativo bajo un frondoso roble á orillas de un arroyuelo que serpenteaba por entre unas rocas cubiertas de espeso ramaje. El monótono murmullo de las aguas, en melancólica meditación, le produjo una especie de sueño; mas como el hambre desasosiega, éste no podía ser profundo, sino más bien resultado del abatimiento que le traía á su mente infinidad de recuerdos vagos, que llamamos ensueños, producto de un estado entre el sueño y la vigilia, que se reflejaban en su cerebro en esta forma: Vivimos en un mundo de hombres perversos y encanallados, entre los que no hay armonía, porque cada cual, guiado por un ciego instinto de conservación, sólo procura su bienestar, sin comprender que ni los satisfechos gozan tranquilidad. Mientras haya un ser humano que padezca privaciones, porque el bien particular, por naturaleza, está íntimamente enlazado al bien general, ¿qué puede esperarse de esta humanidad que, á pesar de los adelantos del progreso, se encuentra, por decirlo así, aún en su infancia, que, con humildad sin límites, consiente la enervación de sus más preciados miembros, y con sin igual paciencia tolera la inicua explotación moral y material, que en defensa de la tiranía se presta gustosa ha ser verdugo de sus hermanos por conseguir un hueso arrojado con desprecio?

¡Pretensión vana la de querer extirpar el malestar social con inútiles palabras. Los causantes de la ignorancia, servilismo y cobardía del pueblo, ¿son únicamente los opresores? No; también los oprimidos que se resignan... pero como todo efecto es resultado de una causa anterior que lo determina, la prensa, en general, es responsable, porque, atendiendo sólo á su medro los que á ella se dedican, desvían la opinión, dando lugar á que cada uno se encierre en el más grosero individualismo, y falta, por consiguiente, á su misión civilizadora.»

Aquí llegaba en sus meditaciones Constancio cuando exhaló un fuerte gemido seguido de un ¡ay! lastimero producido por horrible pesadilla. Pasaron después por su imaginación figuras más halagadoras, pues que, después de una noche tempestuosa, amaneció un día esplendoroso, el sol brillaba esmaltando sus hermosos rayos sobre las cimas de las montañas; ni la más ligera nubecilla empañaba el azul del cielo...

La humanidad se presentaba á su vista de diferente modo. Aquellos seres de rostros cadavéricos, habíanse tornado alegres y placenteros; ya no eran los hombres enemigos irreconciliables; todos se consideraban hermanos; el irritante contraste de la blusa y la levita, pertenecía sólo á la leyenda; habían desaparecido las clases y castas confundiendo todos en una sola familia; rotas las fronteras, la paz Universal estaba asegurada, no por disposición de un déspota, sino por voluntad del pueblo soberano; ya no había eso que antes llamaban condes, duques, etc., pues la naturaleza producía simplemente hombres y mujeres, y ninguno se creía superior ni inferior á sus semejantes, ni ninguna conveniencia social se interponía entre el amor que dos de distinto sexo se profesaban. El trabajo se había hecho agradable y nadie lo rehusaba con desprecio; la producción aumentó considerablemente, y el consumo se verificaba de modo equitativo. No había jueces ni verdugos, y lo que fueron cárceles y presidios, fueron destruidos para que no quedara vestigio de su anterior ocupación.

Un fuerte viento huracanado silbando entre las peñas y las copas de los árboles, vino á sacarle de su amodorramiento cuando era ya bien entrada la noche; no sabía donde se hallaba ni para qué había ido allí. Un sinnúmero de recuerdos obscurecían su cansada mente, sin darse cuenta de su situación. Poco á poco fué recordando aquellas ideas que momentos antes le hicieron sufrir, y las que después le causaron placer inmenso.

Hubiera preferido mil veces vivir en medio de ilusiones fantásticas á la fatalidad abrumadora de la realidad en que se veía; casi sin sentido, hablando consigo mismo frases inarticuladas, dando traspies como un beodo, decidió volver á su casa como le fuera posible.

Durante el camino, hubiera atentado contra su vida despeñándose por entre las agrestes rocas, á no interponerse el recuerdo de aquellas criaturas que impacientes le aguardarían, por si les llevaba algo de lo que hasta entonces había buscado en vano. Atormentado con estos pensamientos alzó la cabeza y divisó á lo lejos la ciudad, cuando ya amanecía.

Entonces pensó descansar echado sobre el césped abrumado por sus pesares; le fué imposible, y con paso trémulo emprendió de nuevo su marcha, repitiendo estas reflexiones:

El esclavo que sufre impasible su cadena, es más digno de desprecio que el tirano que de él se sirve como de un mueble. Los que utilizan el maravilloso invento de Guttenberg, en beneficio de una clase privilegiada, debiendo hacerlo en bien de la humanidad entera, son los grandes criminales que arman el brazo homicida del hombre contra el hombre.... A medida que avanzaba, oía un sordo rumor de voces que á poco se fué haciendo más intenso; cuando llegó, vió con alegría que el pueblo celebraba con júbilo el día de la justicia verdadera. Había concluido el mundo de la tiranía, y alzaron sobre sus ruinas el imperio de la libertad; sus presagios habían sido comprendidos.

Al llegar á su casa encontró á sus hijos sin más disgustos que la tardanza de su padre, y apenas le vieron llegar, ambos le rodearon con sus abrazos mientras la madre,

contemplando aquel cuadro de verdadero amor, lloraba de felicidad. Desde aquel día el pan, el trabajo y la instrucción, estuvo á disposición de todos, por obra y gracia de la Revolución social.

DIEGO ESPINOSA.

¡ILUSOS!

Tal es el nombre, con que la mayoría de la gente ignorante y retrógrada, nos califica; tratando por todos los medios de hacernos adjudicar de nuestra idea, y que no luchemos por lo más hermoso y sublime, por la que se han sacrificado innumerables mártires, y luchan sin tregua y con valor los parias, *esclavos* modernos. La libertad que asusta á los tiranos, á los políticos de *nuevo cuño*, y alienta dándoles fuerzas y bríos á los «*ilusos*», á los que anhelan ver pronto en lontananza una nueva aureola de fraternidad.

Si estudiamos las diferentes etapas porque ha pasado la que han dado en llamar *historia humana*, veremos que desde el arado más rudimentario, hasta la máquina más perfecta; desde la idea más retrógrada, hasta la idea más libertaria, todo, en fin, lo que tendía á hermanarse con el progreso, ha sido tratada de *utopía*, y de *locos* sus defensores.

Existió un tiempo, largo ó corto, pero tiempo, al fin, en que la humanidad demostró las dos tendencias antitéticas: la libertad y la esclavitud.

Tendencias que han lanzado á los hombres á una lucha terrible.

La libertad encarna el odio hacia los tiranos que están encumbrados en la cúspide de su poder. La esclavitud encarna la tiranía, la opresión del más fuerte, contra el más débil. En los tiempos presentes la lucha se impone, es más; es inevitable.

Mucho tenemos que combatir en la presente sociedad, donde todo se vende, se falsifica, como producto de la injusticia que nos rige.

Emancipar á la humanidad, sacarla del error en que por tantos años ha estado sumida, es nuestro deber; es deber de los hombres jóvenes, de los que no tienen los cerebros imbuídos de rancias preocupaciones; de cerebros que se van modificando y adaptándose á la libertad.

Somos *ilusos* porque queremos que desaparezca este estado de cosas, esta sociedad que, para escarnio de la historia, llaman civilizada; donde sólo pueden vivir los hombres que se amoldan á seguir la senda trazada por la canalla clerical; esto es: siempre esclavos. Los *locos* basamos nuestras teorías en la ciencia, y por eso resultan una verdad. Nosotros negamos la autoridad, sea ésta del matiz que quiera, porque vemos en ella la rémora para que no brille claro y esplendoroso el sol de la libertad, y para que los *ilusos* no vean pronto colmadas sus más nobles aspiraciones. Nosotros no reconocemos *jefes*, porque anhelamos ser libres, y porque vemos que, mientras subsista la autoridad de un hombre sobre otro, siempre habrá esclavos.

Intútil será que queramos vivir bajo la tutela de la llamada *autoridad*; pues si estudiamos las bases en que se funda, veremos que son la misma injusticia. Supongamos por un momento, que en la sociedad todos los hombres fueran malos; ¿qué sucedería? Que la llamada *autoridad* sería impotente para moralizarlos. Ahora, al con-

trario, si todos fueran buenos, veríamos que la *autoridad* sería nula, porque no existiendo en la sociedad el mal, no habría malos. Luego es la sociedad quien con sus trabas y su egoísmo impide al individuo el desenvolvimiento libre de sus facultades; por eso nosotros luchamos contra la sociedad, porque vemos que ella, y sólo ella, es la causa de la desigualdad social.

Por muchos y por muy poderosos que sean los manejos de la reacción, no han de impedir que el esplendoroso sol de la libertad brille para todos los hombres esclavos tantos siglos hace.

ALADDIN.

EL MECANISMO Y EL OBRERO

Una de las causas que más señala para no muy lejano tiempo la existencia de un cambio de modo de vivir en los hombres, es la mecánica. Introduciéndose, como se introduce en todas las industrias, haciendo, como hace, una revolución económica los moldes malos, gastados y rutinarios, van á desaparecer el día ó días que se haga esa gran hecatombé universal.

Los reaccionarios dicen, al obrero incauto, que la maquinaria es contraria á los que ganan el pan con el sudor de su frente, añadiendo el cuento de que en tiempos prehistóricos hubo máquinas como hoy, habiendo tenido necesidad de destruirlas para que éstos pudieran trabajar y, por consiguiente vivir; esto es una bellaquería.

Las máquinas se van apoderando de toda clase de trabajo, pero los obreros de hoy no destruiremos á las máquinas, destruiremos al régimen que las emplea en perjuicio del pobre.

Yo creo, y como yo muchos, que la mecánica ha de ser la redentora del hombre. Ella produce mucho más que aquél en mucho menos tiempo. Señala á los explotados y á los explotadores, que si todos quisiesen obrar con humanidad y justicia sin derramar una gota de sangre, la emancipación social sería un hecho y consistiría en hacer de las fábricas talleres, minas, tierras y buques, cosas comunes; es decir, de todos los hombres, y así en todo trabajo se introduciría lo más moderno del mecanismo, y en pocas horas diarias de labor tendríamos lo suficiente para vivir, no como hoy, sino como pertenece y requieren las necesidades humanas.

También la mujer logrará su emancipación por medio de la mecánica. Esta dignificará á aquélla, hoy esclava del hogar, pues son innumerables los quehaceres domésticos que la mecánica realiza en nuestros días. Entonces la mujer podrá instruirse y cuidar á sus hijos y á su compañero, y si quiere vivir sola, independiente, podrá hacerlo también sin necesidad de vivir con otro sér, al objeto de que le gane la vida como hoy sucede.

Porque la maquinaria no se inventa para perjudicar al hombre, sino para emancipar al género humano de los rudos trabajos corporales.

El inventor de un aparato dice: semejantes míos, utilizar de mi trabajo, no mi obra, porque nadie es autor de nada. Si sabéis hacer un buen uso de mi obra seréis felices; si no, seréis desgraciado; y lo que los hombres debemos hacer, es hacer un buen uso del progreso.

A. MORATÓ.

Arenys de Mar.